

Ruralidades, territorios y lenguaje

Regenerarnos ante el colapso desde nuestros territorios de vida

Wendy Monserrat López Juárez

Antes del s. XVIII, ruralidad significaba hablar de lo rústico; en el imaginario social actual, la ruralidad se piensa muchas veces como carencia, pobreza, escasez, un lugar al que es necesario ayudar y transformar, implementando programas para el desarrollo social o cultural. En este texto propongo: en primer lugar, salirnos de la abstracción a la que nos lleva la palabra *ruralidad* y pensar en lugares concretos, como el campo y la comunidad; en segundo lugar, detener nuestro ímpetu de ayuda y buenas intenciones, cuestionando lo que el desarrollo ha implicado en la sociedad.

Ruralidad es una categoría abstracta para referirse a un territorio específico, muchas veces también considerado como lo opuesto a lo urbano; ambas nociones son abstractas y para salir de ellas –al menos por un momento– es necesario recordarnos en lo concreto y lo cotidiano: ¿cuál es el suelo que pisamos y cómo nos definimos desde ese lugar?

Uno de los sitios concretos de aquello que se nombra ruralidad es el campo, un territorio que provee, en el que los campesinos milenariamente han cultivado la tierra. Sin embargo, entre las décadas de 1940 y 1970 la revolución verde trajo consigo el declive de la agricultura y desde entonces no ha sido posible reponernos. En 1949, durante su segunda posesión presidencial, Harry Truman lanzó su discurso inaugural proclamando el desarrollo en el sentido que

ahora lo conocemos: con una connotación de aparente mejoría, a partir de entonces se implantaron dos grandes categorías imaginarias en el mundo: los desarrollados y los subdesarrollados. Categorías que se han ido transformando hasta hablar del norte y sur global, como lo hacemos en la actualidad. Las décadas del desarrollo industrial y desarrollo tecnológico, con la premisa de una mejor producción, ocasionaron daños que continúan siendo irreversibles. Después de ochenta años de desarrollo, finalmente les hemos puesto nombre a los daños ocasionados en la tierra: usamos el eufemismo de cambio climático, pero lo que enfrentamos no es simplemente un cambio, y no es ya siquiera una crisis, sino el inevitable colapso. No se trata de negar los avances de la tecnología, la industria o la ciencia, pero sí de asumir, con sus innegables evidencias e implicaciones, que las ganancias no han compensado las pérdidas y no lo harán.

La revolución verde y el desarrollo sustentable trajeron consigo semillas “mejoradas” tecnológicamente, y agroquímicos que, bajo el mandato de una mayor y mejor producción, fueron desplazando las formas tradicionales de siembra y las semillas nativas. Sometieron una práctica vital de subsistencia a una lógica de consumo, pues para seguir produciendo es necesario invertir en la compra de agroquímicos: fertilizantes, abonos, plaguicidas, y otros productos, que en algún momento se vuelve insostenible comprar. Las semillas transgénicas son es-

tériles, no tienen capacidad de reproducirse y, para volver a sembrar, es necesario también comprarlas nuevamente. En la siembra tradicional, las semillas de la cosecha son de siembra continua, se han adaptado a diversos cambios a lo largo de los años y se reproducen una y otra vez; muchos de los abonos y fertilizantes utilizados en este tipo de siembra se generan por medio del manejo de materia orgánica con elementos de la región y el proceso de control de plagas que se realiza no busca exterminar la vida de los bichos y microorganismos que habitan la tierra, sino evitar que dañen las cosechas.

Además del desplazamiento de las semillas nativas, que están en riesgo por la contaminación de los suelos y la que producen las semillas transgénicas, así como por el encarecimiento del proceso de siembra, hay otros peligros latentes para los campesinos, a quienes, además, de muchas maneras los programas sociales han pretendido extinguir. Don Hilario, de San Pablo Huitzo en Oaxaca, México, relata parte de su experiencia:

Creo que he estado tentado muchas veces o me tentaron muchas veces en dejar esta parte de la agricultura y me tentaron en la cuestión económica: que hay que sembrar mucho, con sustancias químicas, intoxicar, matar la tierra y matarme yo.

Me tentaron a tener dinero en la cartera y sí lo tuve, y sí lo gasté y sí me lo comí; el problema está en que al enfermarme me pidió eso y más. El precio es muy alto, entonces retomamos todo esto y empezamos a sanar nosotros y a sanar la tierra, juntos; se sana el suelo, la planta está sana y nosotros vamos a estar sanos.

Eso cuesta mucho trabajo entenderlo, necesitamos por lo menos unos cincuenta años, no es cierto menos (risas). Creo que ahí debemos empezar, con darnos cuenta qué nos da la vida y qué nos la quita.¹



De la serie *Ciu-darios*. Amando Montoya. Sublimación sobre tela poliéster. 65 x 35 cm. 2022

Los intentos por mejorar el campo han sido contraproducentes, no sólo para los campesinos sino para el mundo entero. Al mismo tiempo, con la promesa del desarrollo personal, se expulsan las y los jóvenes para que se profesionalicen y no sean campesinos, como si se tratara de una condición indigna o de formas de vida radicalmente incompatibles, donde es indispensable elegir alguna y renunciar a la otra, pero no es así. Con la promesa de una mejor calidad de vida, según los estándares internacionales de desarrollo y bienestar, los campesinos se convierten en trabajadores migrantes lejos de su país natal. Hemos transitado de la autosuficiencia a la escasez y con ello se nos ha apartado de la tierra para insertarnos en lógicas económicas de producción y consumo. La autonomía alimentaria presente durante varias décadas se ha ido diluyendo con la modernidad. Actualmente, distintos países de Latinoamérica, como México o Colombia, cada vez importan más alimentos y semillas básicas como el maíz. En el

caso de México, se pasó de importar 31 % de su consumo de maíz en 2016 a 39 % en 2022.² Para Colombia, del total de las importaciones de alimento, 70 % fueron de maíz, trigo y soya en 2021.³

Es indispensable regenerar nuestra relación con la tierra, no sólo en un sentido metafórico, sino tangible. Esto es posible en los distintos territorios, más allá de la ruralidad, en los contextos específicos donde vivimos. Para regenerar nuestra tierra y sanarnos con ella, es indispensable detener el desarrollo⁴ y construir posibilidades concretas de sobrevivir al colapso, desde aquellos lugares donde habitamos. Cultivemos la tierra fértil que posibilite nuestras relaciones de vida, no de manera aislada sino conjunta. Haciéndonos colectivo y comunidad. Cuando hablamos de comunidad, nos referimos a un *nosotros*, a un tejido de relaciones que no es la suma de individuos, sino el entramado de historias que conforman nuestra existencia.

Más allá de ruralidad o urbanidad, hablemos de territorios de vida, de barrios y comunidades donde sea posible desafiar los márgenes económicos de desarrollo y bienestar. No hace falta inventar las respuestas: las iniciativas ya están activas, generando formas de relación distintas a las lógicas de producción y consumo. Cada vez surgen más propuestas de siembra de hortalizas en techos, balcones o pequeños departamentos, barrios que han reapropiado la poca tierra que aún queda entre el cemento, para poder sembrar. Durante la pandemia, en comunidades de Oaxaca, terrenos y parcelas que estaban olvidadas se reactivaron para la siembra de milpa y, con ello, para su autoconsumo. En muchos sitios se siguen implementando el trueque y las monedas alternativas como el Túmin en México.⁵

Hay más iniciativas locales de preservación de la siembra de semillas nativas como la Biblioteca de semillas criollas y nativas Otraparte y la Red de semillas libres de Colombia. En Oaxaca, desde lugares concretos como el Espacio Estatal del Maíz Nativo y la Biblioteca de semillas, se generan posibilidades para defender y preservar la vida.

Ante el colapso, es indispensable cuestionar los mitos que nos han contado. La esperanza que nos queda es, quizás regenerarnos, re-imaginar nuestros estilos de vida, más allá del desarrollo y del bienestar.

Notas

- 1 Paz, H. (2022). Encuentro *Sanarnos con la Tierra*, San Pablo Huitzo, Valles Centrales de Oaxaca, México.
- 2 Periódico *El Economista*, 07 de febrero de 2023: <https://www.eleconomista.com.mx/empresas/Mexico-aumenta-dependencia-de-maiz-importado-20230206-0108.html>
- 3 Diario *La República*, 23 de mayo de 2022: <https://www.larepublica.co/economia/maiz-trigo-y-tortas-de-soya-son-los-alimentos-que-mas-se-importan-en-colombia-3368060>
- 4 Gustavo Esteva ha planteado este llamado desde mediados de los 80; para más información consultar: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000081440> y <http://www.ceapedi.com.ar/otroslogos/Revistas/0008/4-escobar-esteva.pdf>
- 5 Para saber más, consultar: <https://www.opendemocracy.net/es/democraciaabierta-es/tuminmoneda-desafia-capitalismo-mexico/>

Wendy Monserrat López Juárez es zapoteca de la Sierra Norte de Oaxaca, creadora audiovisual y docente universitaria de teorías de la comunicación. Integrante de la Red Futuros Indígenas. Colaboradora en la Universidad de la Tierra Oaxaca, donde actualmente es presidenta del Consejo Directivo. Produce y conduce el programa "Hablemos de Territorio".